

algunas canas. Da la impresión de ser más joven que Fombona.

En la puerta de Botín, el poeta argentino toma un coche para regresar a su hotel. Los demás vamos a dispersarnos, pero Edwards, que está en plan de *faire la bombe*, nos propone continuar la noche visitando *cabarets* y dándole remate con el obligado viaje a Citeres.

Lasso de la Vega aprueba con entusiasmo la helénica iniciativa de su amigo Yagües, que con sus lentes y su panza de hombre serio es un terrible sátiro, acepta la idea y discutiendo y recitando versos vamos a parar de madrugada en esa casa de la calle San Marcos, cuyas pupilas jóvenes y pulcras parecen vestales...

Velada ultraísta

Los ultraístas celebran en Parisiana una velada, cuyo organizador ha sido el titulado jefe del movimiento, el pomposo Isaac del Vando Villar. No asisto a ella y me entero de lo ocurrido por los poetas que vienen a contármelo al café... Todos, en general, están muy satisfechos, porque la velada fue un escándalo... Guillermito, con su voz gangosa, celebra: —Hemos hecho rabiarse a los saurios... Ha habido insultos, tomates..., luchas cuerpo a cuerpo..., magnífico... Poco faltó para que llamasen a los guardias... ¡Qué éxito!

Isaac lamenta que yo no estuviera presente y considera mi ausencia como una defección... Yo sonrío: —¿Qué falta hacía yo si estabas allí tú?

Lasso de la Vega, el helénico, comenta: —Ha sido algo estupendo... Parecía enteramente la reproducción de un capítulo del *Poeta asesinado*, de Apollinaire... Hasta surgió allí un señor desconocido, un poeta provinciano, llamado Pernil, gordo, grotesco, que se empeñó en recitar unos versos estrambóticos y no nos dejaba a los demás..., lo echábamos y él iba de un lado para otro por el escenario, como un pernil flotante, provocando las risas del público... Ha sido algo delicioso...

Pero Eliodoro y el grave Comet están justamente indignados con su joven colega Ernesto López Parra, el cual los traicionó a todos, descolgándose con unos versos de corte rubeniano que gustaron al público y provocaron ovaciones y gritos de «¡Esto es otra cosa..., éstos son versos..., fuera los ultraístas!»

—¡Has sido un traidor! —le increpa Eliodoro, amagándole con el índice—. Debes morirte.

López Parra, un jovencito pequeño, moreno, con unos ojillos negros, penetrantes y un modo de hablar recalcado y preciso, se justifica tomando a risa las inculpaciones de los otros:

—¿Qué culpa tengo yo de que el público os abuchease a vosotros y a mí me aplaudiese?... Yo fui al festival de buena fe...

—Sí; pero llevaste unos versos modernistas..., y eso no está bien...

—Mis versos son tan ultraístas como los tuyos... En el Ultra cabe todo, ¿verdad, maestro?

Yo sonrío ante esas puerilidades...

Bueno; lo principal es que ha habido escándalo..., lo cual demuestra que el público, aun ese público frívolo de Parisiana, se interesa por la Poesía...

—Esto se va poniendo como París —gangosea Guillermito—. Los saurios se despiertan... ante la dehiscencia de nuestras eclosiones porveniristas... Hemos de organizar otros recitales y también manifestaciones públicas con pancartas..., hay que hacer rabiarse a las mentalidades pasatistas y paleontológicas, quitarles el sueño con el zumbo letífico y triunfal de nuestras hélices aviónicas y porveniristas..., de nuestros altavoces liricofónicos...

—Hay que gritar Dada —afirma el poeta helénico—. Dada es la palabra mágica... ¡Dada, alegría de ser poeta!

—Sí —ruge el terrible Eliodoro—, pero hay que eliminar de entre nosotros a los traidores... Tú, Parra, no puedes seguir con nosotros... No eres ultraísta...

—¡Bah! —ríe Parra—. ¿Por qué? ¿Y tú lo eres?... Tú eres simplemente un epígono..., empleas imágenes viejas... Y además, ¿quieres decirme en qué consiste el ultraísmo?...

Eliodoro balbucea palabras incoherentes. Luego ríe con su risa sandia de borracho, que quiere ser irónica: —El ultraísmo, ¿que qué es el ultraísmo? Pues no quieres saber poco... El ultraísmo...

—Por lo visto consiste en decir disparates —comenta Parra—, cosas que nadie entiende...

—¡Claro! —aprueba Eliodoro—. Lo que entiende todo el mundo es vulgar, despreciable...

—Pues yo a ti te entiendo muy bien, Eliodoro... —ríe Parra—. Lo que ocurre es que no dices nada... Aquí no hay más ultraísta que Guillermito...

Los demás protestan. Rivas Panedas, el cojito, César Comet, Ibarra reclaman su título de ultraístas. Guillermito se pavonea ufano. Lasso de la Vega proclama: —Yo soy dadaísta... Dada es lo más moderno que existe...

El orondo Isaac, con los pies siempre fatigados como si pensara con ellos, puestos amorosamente sobre una silla, sonríe con aire de superioridad y me hace guiños de inteligencia.

¡Hay que ver..., tantas disputas por la modernidad cuando el poeta más moderno es él!...

De todo esto resulta que los titulados ultraístas se espían unos a otros, para descubrirse mutuamente supervivencias de la época en que imitaban a los poetas modernistas, Juan Ramón, los Machado, Villacspesa, Carrere —estigmas pasatistas, como diagnóstica Guillermito— y denunciarlos como infractores de un credo poético, que ninguno sabe por lo demás en qué consiste. Y se ven apurados para no incurrir en esas censuras y anatemas, y tardan horas y días en construir un poema medianamente pasable como muestra de modernidad.

—Esto es más difícil de lo que parece —se lamenta Panedas—. Yo antes me hacía diariamente dos o tres poemas..., pero ahora me cuesta la mar de trabajo hacer siquiera uno...

—¡Sí, es lamentable! —corroboraba Comet.

—Pero ¿es que queréis montar una fábrica de poemas? —ironiza Linera.

—Los poetas del Ultra están en una situación trágica —comenta Bóveda—. El buitres de la modernidad les roe

el hígado... ¡Van a terminar locos y usted tiene la culpa, maestro!...

—¡Es lamentable! —suspira Comet.

El empleado de Correos extrema lo abstruso de su ideación confusa de meningítico, y casi iguala a Guillermito en sus poemas herméticos, incrustados de neologismos y de una tendencia apocalíptica.

En uno de ellos ha predicho: «Nos comerán los patos y las ranas...»

—¿Por qué los patos y las ranas, Comet? —le pregunta sonriendo Bóveda—. Los patos y las ranas no son carnívoros...

—Es una imagen —contesta muy serio el burócrata.

Esos versos de Comet se han hecho por lo menos populares y Astranilla los repite por ahí, comentando: —¡Qué barbaridad!...

Astranilla publica en *Buen Humor* unas críticas chabacanas y venenosas, metiéndose con los pobres ultraístas, a los que pone de idiotas, imbéciles y... sospechosos de invertidos...

Eliodoro dice: —Ese Astranilla debe morirse... y yo lo voy a matar de una patada...

Cuando pasa Astranilla, pavoneándose, en el cortejo del policía Fernández Luna, Eliodoro lo increpa con su voz cavernosa: —Astranilla, eres un perfecto idiota..., te debes morir...

Pero Astranilla, valido de su sordera, se hace el desentendido y ríe con su risa huera y destemplada: —¡Muy bien, Eliodoro! ¡De acuerdo!

Este Astranilla es insidioso..., me guiña el ojo con aire de inteligencia, como dando a entender que está en el secreto... —Cómo te diviertes con esos poetastros..., los vas a volver locos... ¡Los comerán los patos y las ranas!... ¡Ja..., ja!

—No hay tal cosa, Astranilla... ¡No seas insidioso!

—¡Claro! —contesta él, tergiversando mis palabras—. Ya lo sé yo... ¡Conformes..., ja..., ja..., ja!

Este *soficoco* es verdaderamente intolerable. Tendría que cogerlo, clavarlo en la pared como a un murciélago y gritarle en sus mismas orejas:

—No hay tal cosa, Astranilla... Yo no soy capaz, como tú, de burlarme de ningún poeta..., un poeta es algo de

masiado tierno y delicado para burlarse de él, por más torpe que sea... Precisamente los malos poetas son los que más aman, con rabia de pretendientes desdeñados, a la poesía que se les resiste... El último de estos poetas, con todas sus extravagancias y sus vanidades pueriles, vale infinitamente más que tú, venenoso Zoilo... Yo no me divierto a costa de sus tropiezos y resbalones en la caña del arte y los sigo emocionado, deseoso de verlos llegar al final, porque yo he sido como ellos y sé el dolor que representa esa alegría de ser poeta, que canta Lasso de la Vega, para engañarse a sí mismo...

Vargas Vila

En una terraza de la plaza de España tomamos sendas cañas de cerveza Rufino Blanco-Fombona, Vargas Vila y yo. Es la primera vez que veo de cerca al grandilocuente autor de *Ibis*, pues hasta ahora sólo lo había visto de lejos, hace ya muchos años, cuando tomó parte en aquella velada del Ateneo en celebración del centenario de la publicación del *Quijote*.

Entonces derramaba desde la tribuna como desde un Sinaí, las cataratas de una elocuencia lírica y musical, que a todos electrizaba y daba la impresión de un coloso.

Ahora, visto de cerca, es un hombre pequeñito, minúsculo, con una carita rasurada y mofletuda de niño, bajo su pelo albeante de viejo. Fombona lo trata con cierta reverencia irónica, tratando de halagar benévolamente al hombrecito, que por su parte acepta de buena fe sus lisonjas.

—Aquí tiene usted —me dice Fombona— al gran Vargas Vila, al cóndor lírico, al fulminador de los tiranos, al escritor que con su verbo novedoso, esmaltado de imágenes, ha vuelto loco a todos los poetas jóvenes de Hispanoamérica...

Vargas Vila sonrío y bebe un sorbo de cerveza. Fombona prosigue:

—El navegante solitario..., que ha hecho suya la sen-

tencia de Ibsen: «El hombre más fuerte es el más solo»... El eterno célibe..., invulnerable a los cantos de sirena... ¡Oh amigo Vargas Vila, usted es un hombre!

Hablan luego los dos antiguos amigos de sus recuerdos juveniles, de sus épocas de lucha lírica y política. Pero, ¡cosa notable!, es Fombona quien hace el gasto. Vargas Vila se expresa en tono corriente, práctico, y no profiere ni una siquiera de esas frases coruscantes que a manos llenas prodiga en sus escritos. Nos separamos sin que le haya oído nada digno de recordarse. Diríase que se le han apagado los fuegos a ese gran pirotécnico de la palabra. Me deja la impresión pura y simple de un hombre pequeñito.

Desafío

La comidilla del día, en los mentideros literarios, es el desafío de Ricardo Baeza con el terrible espadachín *El Caballero Audaz*.

La causa del duelo fue una insidia deslizada por *El Caballero* en un artículo, en que llamaba a Baeza «wildiano» en el mal sentido de la palabra.

Inmediatamente el crítico le mandó los padrinos, uno de los cuales era José Serrán, nuestro compañero de redacción. Se concertó el duelo a pistola, a diez pasos, y, afortunadamente, no hubo sangre.

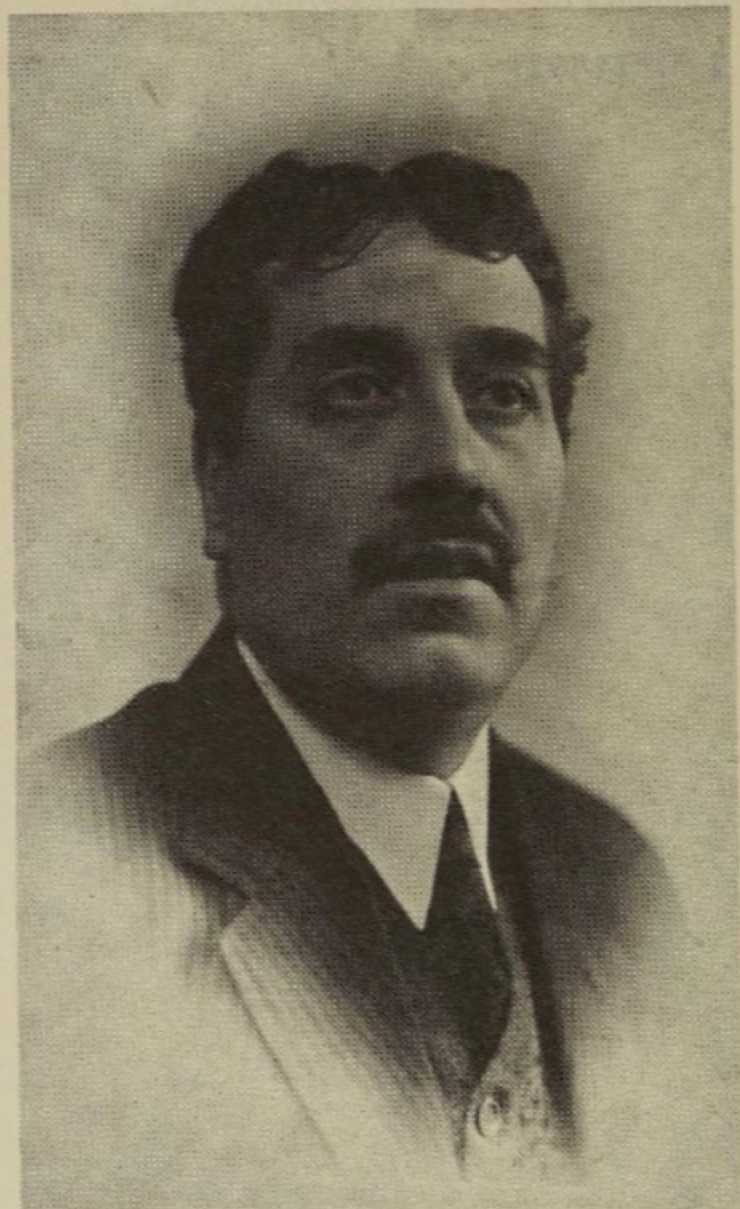
José Serrán nos cuenta ahora los pormenores del encuentro. El primer disparo correspondía a Baeza en su calidad de ofendido y el crítico afinó tanto la puntería, que le agujereó el sombrero a su adversario.

El Carretero Audaz disparó a su vez y lo hizo al aire.

Repitió Baeza y falló el tiro. *El Carretero* disparó por segunda vez al aire.

Entonces Baeza se indignó, estimó que aquello era un desprecio y reclamó el apoyo de sus padrinos: —Esto es una burla —decía—. ¡No hay derecho! Yo he venido a batiirme de veras...

Los padrinos le hicieron comprender que su adversario



Rafael Cansinos-Asséns

La novela de un literato

*(Hombres-Ideas-Efemérides-
Anécdotas...)*

2. 1914-1923

Edición preparada por
Rafael M. Cansinos

Alianza Editorial